

El Informe

Falló la Realidad

POR LORENZO MEYER

DESPUES de oír y leer el IV Informe de Gobierno de este sexenio, creo que su parte medular gira en torno a esta tesis: "De no haber ocurrido el desplome de nuestros ingresos petroleros, en el presente año la economía hubiera continuado creciendo de manera más firme y la inflación se hubiera reducido". Otra forma de decir lo mismo podría ser esta: el proyecto gubernamental original —el Plan Nacional de Desarrollo— y su instrumentación han sido los correctos, desgraciadamente lo que falló fue la realidad.

Hay una natural tendencia en los individuos, las instituciones y los gobiernos a buscar en los otros o en las circunstancias la causa de los fracasos. José López Portillo culpó de su derrota política y económica a la banca, Gustavo Díaz Ordaz explicó los trágicos sucesos de 1968 como resultado de una conspiración con ramificaciones internacionales. Hoy el problema es el petróleo, pero todo va a seguir como estaba planeado originalmente, pues para el bienio próximo se espera que el precio de los hidrocarburos no dé más sorpresas y se comporte como estaba previsto en el plan.

★

ES obvio que el Presidente tiene razón por lo que se refiere a la causa inmediata de nuestra difícil situación económica: la caída de los precios mundiales. Esta caída le hizo perder a México 8,000 millones de dólares. Sin embargo, creo que si se busca la causa de fondo, entonces el culpable ya no es el petróleo, pues habría que responder a preguntas como esta: ¿por qué se dejó de-

pender a la economía mexicana de la exportación petrolera? ¿Por qué se endeudó el Estado mexicano de la forma tan torpe como lo hizo? En cualquier caso, la responsabilidad de estos magnos errores económicos no es del gobierno actual, pero sí lo es del régimen, del cual este gobierno es la expresión más reciente.

Las fallas en nuestro modelo económico fueron percibidas a tiempo por un buen número de observa-

dores desde ángulos ideológicos distintos y en momentos diferentes. Los ejemplos que se vienen a la memoria —y que conste que no se trata de enemigos del sistema son varios: Sanford Mosk (1954), Pablo González Casanova (1963), Raymond Vernon (1963), Manuel Moreno Sánchez (1971), Leopoldo Solís (1972) o Miguel Wionczek (1974), entre otros.

Es posible suponer que una de las explicaciones de por qué no se corrigieron a tiempo los errores que, acumulados, desembocaron en nuestra crisis actual, se encuentra en la ausencia de contrapesos a la presidencia. En México, una vez que el Presidente toma lo que considera una decisión fundamental, difícilmente la cambia; la tendencia de él y su equipo es llevarla adelante hasta el momento en que la realidad les falle, es decir, cuando ya es demasiado tarde para rectificar.

★

EN TRE nosotros simplemente no hay forma de que el Congreso, los partidos, los medios de comunicación e incluso los grupos de interés, obliguen al Poder Ejecutivo a reconsiderar sus decisiones básicas. Es por ese camino que se llegó al 2 de octubre de 1968 o a las lágrimas de septiembre de 1982.

En el informe presidencial que acabamos de conocer se insiste en hablar de la necesidad del cambio estructural. El documento es bastante claro en relación a cómo se piensa llevar a México por el camino de lo que se ha dado en llamar la modernización económica: metiéndolo al GATT, renegociando la deuda externa, bajando el déficit fiscal, vendiendo paraestatales, etcétera. Lo que realmente no se dice es cómo y cuándo se va a modernizar el sistema político. Hay un gran contraste entre lo preciso de las reformas económicas que se han hecho y se seguirán haciendo y lo nebuloso de las reformas políticas, la llamada "democracia integral", que hasta ahora sólo ha dado como resultado las "audiencias públicas" sobre renovación política electoral y participación ciudadana en el gobierno del Distrito Federal.

En este informe, como

10-IX-86

en muchos otros, funciona una peculiar ley de las compensaciones. Cuando algo desagradable existe en la realidad y es posible ignorarlo, entonces se le ignora, como por ejemplo las notas de protesta que se han cruzado entre México y Estados Unidos y la tensión que es de todos conocida entre nuestro gobierno y el del vecino país del norte. También ocurre lo contrario: algo que en la realidad se ve poco, en el informe adquiere un lugar destacado, como es justamente el asunto de la democracia. Conté en el informe hasta veinticinco menciones a la democracia y sus variantes (democracia integral, planeación democrática, renovación democrática, etcétera), en tanto que el candente asunto de los comicios de Chihuahua —la sospecha de

fraude— sólo recibió una mención formal; desde el punto de vista oficial, lo que sucedió en Chihuahua o Juchitán simplemente no es problema.

En fin, si la naturaleza de nuestro sistema económico está cambiando —y ojalá que realmente sea para bien—, la del sistema político debería hacerlo de igual manera, pero eso es precisamente lo que no parece estar sucediendo. Aquí conviene recordar las lecciones del pasado: don Porfirio decidió modernizar primero la economía y de-

jar para más adelante la puesta al día de las formas políticas; esa decisión le resultó fatal. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de que ese error se vuelva a repetir, el precio que se pagaría por toda la sociedad puede ser muy alto. Hay que exigir que el proyecto de reforma política estructural tenga un signo inequívocamente democrático, y que sea tan explícito como hoy lo es el económico y, finalmente, que se eche a andar de inmediato, para que después no le falle la realidad.